

LAS PRISIONES

La leyenda del cocodrilo

Los subterráneos constan de dos ambientes puestos en un espacio debajo de la Capilla Palatina: el llamado "el pozo de la milla", pero más comúnmente conocido como " el pozo del cocodrilo", el otro se llama la "prisión de la conspiración de los barones".

El "pozo de la milla" era el almacén de grano de la corte aragonesa, pero también fue utilizado para encarcelar a presos condenados a penas más severas. Una antigua leyenda dice que los detenidos desaparecieron misteriosamente; una mayor vigilancia no tuvo bastante tiempo para averiguar la causa de las desapariciones: desde una apertura venía un cocodrilo que mordía las piernas de los detenidos y los arrastraba hacia el mar. Al reptil, que llegó desde Egipto, siguiendo una nave, fueron por un tiempo tirados los que se querían poner a la muerte sin publicidad.

Para matar el cocodrilo se utilizó como cebo un enorme muslo de caballo, una vez muerto, el animal fue empajado y colgado en la entrada de la puerta del castillo. En realidad no es que una leyenda que se repite en la narrativa popular de todos los países, la de los presos devorados por un cocodrilo, una serpiente u otros monstruos, que en esta ocasión se adapta al Castillo napolitano. Al segundo ambiente se accede a través de un paso estrecho, confinado a la derecha por una escalera de caracol en la toba, que conduce a la anterior Capilla Palatina.

A los ojos de los visitantes se presentan cuatro ataúdes sin ninguna inscripción, que contienen los restos mortales, tal vez las de los nobles que habían participado a la conspiración de los barones en 1485. A partir de la descripción hecha por De La Ville Sur-Yllon en 1893 , resulta que los cadáveres estaban vestidos de acuerdo con la moda del siglo XV y que uno de ellos, tal vez un cura, habían muerto por asfixia.

Otras áreas del castillo, una vez utilizados como prisión de vez en cuando son el subterráneo de la Torre del Oro, la torre del reloj y la torre de St. George.

Texto de Rosalba Manzo

Traducido por la Dr. Alessandra De Crescenzo y la Dr. Deborah Pazzi